

¿Es posible la deconstrucción masculina?

Trabajo Social, investigación y pandemia

***Claudio Omar Robles⁴⁹, Federico Damián Campos⁵⁰ y
Milagros Díaz⁵¹***

La pandemia por COVID-19, reconfiguró los modos de habitar el mundo de la población. En ese contexto, nos interesa conocer acerca del modo en que los varones autopercebidos, pertenecientes a sectores populares, ejercen la función parental y los efectos devenidos de la citada pandemia. Esta presentación da cuenta de algunos avances del proyecto “Masculinidades en sectores populares urbanos. Los efectos de la pandemia por COVID-19 en las prácticas y significaciones de varones que desempeñan funciones parentales”, que se ejecuta en el Dpto. Humanidades y Ciencias Sociales de la UNLaM.

Nuestra investigación es de carácter cualitativa con perspectiva construccionista, en la cual deconstruir, construir y reconstruir son procesos coexistentes de la intervención, entendida como una acción que investiga las situaciones problema para construir el objeto desde el sistema de significados que comparten y transforman, reconstruyendo con lxs sujetxs una situación nueva. Respecto a nuestra aún incipiente muestra, los primeros entrevistados comprenden edades que van de 23 a 56 años, se desempeñan en trabajos como metalúrgico, empleado de comercio, operario, service electrónico, profesor terciario y albañil. Residen casi en su totalidad en localidades de La Matanza: Isidro Casanova, Lomas del Mirador, San Justo, Villa Luzuriaga. En cuanto al trabajo de campo, prevemos la aplicación de la técnica de grupo focal, a los fines de debatir las nociones sobre masculinidad, efectos de la pandemia en los ámbitos social, familiar y personal, cuidado de sí y de hijxs, entre otras.

Las unidades de análisis son: varones autopercebidos, mayores de edad, pertenecientes a sectores populares urbanos, que desempeñen funciones parentales de niñxs, adolescentes y jóvenes hasta los 25 años de edad, residentes en el conurbano bonaerense, preferentemente en el Pdo. de La Matanza. Las mismas son seleccionadas a partir de los líderes y miembros de organizaciones de base territorial (informantes claves).

Entendemos que las disciplinas de las ciencias sociales deben propiciar la construcción de conocimiento que permita comprender y transformar la realidad social. En el caso del Trabajo Social, dicho campo de intervención mayoritariamente se estructura alrededor de los sectores populares. Consideramos necesario afrontar el desafío de estudiar las masculinidades allí construidas ya que las diferencias y los estereotipos de género están más acentuados, y, por

⁴⁹ Lic., Magister y Doctorando en Trabajo Social. Docente investigador en la Universidad Nacional de La Matanza y en UBA. Docente de posgrado en Trabajo Social Forense.

⁵⁰ Lic. en Trabajo Social y en Comunicación Social. Docente investigador en la Universidad Nacional de La Matanza.

⁵¹ Lic. en Trabajo Social.

consiguiente, el derecho a vivir libremente las masculinidades se encuentra mayormente vulnerado. Con respecto a ello, Robles (2021) advierte:

Es preciso asumir el desafío de conformar masculinidades que no se asienten en valores hegemónicos y patriarcales, (...) que renuncie a los privilegios otorgados por el patriarcado por la sola condición de ser varones; que asuma la responsabilidad por las tareas domésticas y de cuidado; que desarrolle un posicionamiento subjetivo de su género más flexible y menos prescriptivo, que prescinda de las etiquetas y los encorsetamientos, y que se avenga a disfrutar su masculinidad no hegemónica desde el peculiar modo que su deseo le indique. (p. 24-25)

Concordamos con Tajer (2012), cuando advierte que el patriarcado es un sistema de organización entre los géneros, en el cual los varones tienen mayor poder social que las mujeres y que a su vez establece un orden jerárquico, bajo el dominio de la figura del padre/patriarca. En este punto, creemos fundamental lo postulado por Rita Segato (2017) en torno a que la primera víctima del patriarcado es el varón. Es por ello que, creemos necesario incluir, como señala bell hooks (2021) la ética del amor como motor de toda transformación social, puesto que la dominación masculina ejercida por el patriarcado, constituye un obstáculo para el amor, entendido como algo que nos convertiría –y principalmente a los varones- en seres irracionales.

Es este sistema patriarcal el que fundamenta la existencia y persistencia de un solo modelo de masculinidad. Para conocer las diversas conceptualizaciones de masculinidades seguiremos las recientes sistematizaciones de los aportes de R. Connell realizadas por Matías de Stéfano Barbero (2021), quien aborda la problemática de los varones que ejercen violencia sobre las mujeres. Diremos que existe una masculinidad privilegiada, basada en el prestigio de ser o parecer, que es la del varón blanco, cis, heterosexual, joven, con dinero, casado, padre, urbano, con estudios, exitoso, capaz, independiente, fuerte, seguro, racional. Cuando aludimos a masculinidad hegemónica nos referimos a un tipo de masculinidad que legitima relaciones jerárquicas y desiguales entre los géneros, tanto la de varones por sobre mujeres, masculinidad por sobre feminidad, así como ciertas masculinidades por sobre otras masculinidades. Es decir que existe un doble ejercicio de la hegemonía: tanto externa (hacia las mujeres) como interna (hacia ciertas masculinidades). Esta hegemonía interna da lugar a las llamadas masculinidades subordinadas, que no incluyen sólo a las masculinidades no heterosexuales, sino también a aquellas que se alejan de la heteronormatividad y que también producen reacciones homofóbicas por “no parecer” heterosexual. Además, existe la masculinidad cómplice, que es aquella que aun sin ocupar posiciones hegemónicas, obtienen beneficios del sistema que no cuestionan. Cambios actuales incipientes en materia de ruptura de este pacto de complicidad entre varones, pueden apreciarse –no sin altos costos- en algunos espacios entre amigos y familiares. También se alude a la masculinidad marginal, en la que se depositan todo tipo de prejuicios, como por ejemplo la idea del varón negro o pobre como violento e hipersexualizado.

En cuanto a las diversas conceptualizaciones de las masculinidades, no debemos obviar incluir el análisis de la interseccionalidad. Puesto que nos impone incluir otras variables en el

estudio de las masculinidades -que se aleje de los binarismos excluyentes y las antinomias-, tales como edad, clase social, nivel económico y educacional, etnia y raza, cuerpo, puesto que existen múltiples formas que adoptan las conductas sexogenéricas.

Consideramos que la relevancia de la relación entre género, etnia, región y clase social, radica en que las identidades masculinas no pueden ser definidas por fuera del contexto socioeconómico, cultural e histórico en que se incluyen los varones y que produce y reproduce socialmente las condiciones de su emergencia. Efectivamente, no se desarrollan las mismas modalidades de masculinidad en las áreas urbanas y rurales, ni en los sectores con bajo o alto nivel de instrucción, no obstante, la recurrencia de ciertos patrones patriarcales que parecen reproducirse por doquier.

Partiendo de la idea acerca de la eficacia que la familia tiene en tanto reproductora de relaciones de género estereotipadas e inequitativas, nos interesa indagar respecto a la reproducción de las desigualdades, principalmente aquellas que los varones en sus trayectorias de vida realizan a través del desempeño de sus funciones parentales y de pareja, analizando los significados que le atribuyen a su masculinidad, puesto que se vinculan de manera directa con las formas en que se expresa el ejercicio cotidiano de la paternidad y la crianza de sus hijxs. En este sentido, al estudiar las relaciones entre los padres y sus hijxs, los vínculos emocionales podrían ser claves en la construcción de la propia identidad de género y en las formas de vivir la paternidad.

El desafío fundamental de la parentalidad o marentalidad es contribuir al bienestar infantil a través de la producción de buenos tratos para lxs hijxs, cuestión que es comprendida por Barudy y Dantagnan (2010) como una producción social, siendo el bienestar infantil la consecuencia de los esfuerzos y recursos coordinados que una comunidad pone al servicio del desarrollo integral de lxs niñxs.

En referencia a la investigación en curso, ante las preguntas sobre qué significa ser padre para ellos, y cómo es la relación con sus hijxs, por ejemplo, Matías (38 años) hizo hincapié en lo difícil que es ser padre, pero a la vez gratificante, mientras que Damián (52 años) planteó que, si bien es “hermoso” ser padre, con su hija se lleva “como perro y gato”, al tiempo que reconoció que su hija le tiene rechazo y que está aferrada a su mamá. En sus relatos pareciera vislumbrarse un viraje respecto a los atravesamientos del modelo hegemónico en torno al ejercicio de su paternidad. Para ellos, ser padre implica exigencias y frustraciones, pero a la vez, es lugar de goce, gratificación y amorosidad.

En referencia a los cuidados, resulta necesario detenernos en la categoría propuesta por Luciano Fabbri (2021), quien alude a la masculinidad extractivista, en tanto proyecto político extractivista toda vez que “produce, sostiene y reproduce la posición jerárquica de los sujetos privilegiados en la expropiación y explotación de las capacidades y recursos para la producción y reproducción de la vida de las sujetas a las que subordina” (p. 33). Esto significa pensar la masculinidad como dispositivo de poder en el marco de un orden de género cis-hétero-patriarcal.

Respecto a la enfermedad de lxs hijxs, respondieron: “no, ahí está más la madre que es la que la puede llevar al hospital cuando necesita y eso” (Luis, 25 años); “(...) del cuidado de mi nene siempre se hizo cargo mi señora, porque yo salía a trabajar” (Damián). Estas respuestas están relacionadas a una mirada de construcción cultural, en donde las mujeres, en particular las mujeres madres, son quienes estarían naturalmente más dotadas para el acto de cuidar.

La información relevada da cuenta de que existen tareas de cuidado que continúan siendo responsabilidad impuesta como prioritaria a las mujeres y que –como señalan Krmpotic, Barrón y de Ieso (2012)- mientras el cuidado quede asociado con las mujeres, ello puede conducir a procesos despolitizados de opresión incuestionable. Así planteado, continúan apreciándose altos niveles de desigualdad intergénero que obligan a dar continuidad al trabajo de visibilización crítica de los modos de ser varón.

Las competencias parentales forman parte de lo que Barudy y Dantagnan (2010) llaman la parentalidad social, para diferenciarla de la parentalidad biológica, es decir, la capacidad de procrear o dar la vida a una cría. Sostienen que, todxs aquellxs adultxs que se implican en los cuidados y la educación de lxs niñxs en una comunidad están, incluso sin ser conscientes, ejerciendo una parte de la parentalidad social necesaria para asegurar el bienestar infantil. Por esta razón, al referirse a la parentalidad social, utilizan una terminología más amplia como co-parentalidad o parentalidad comunitaria (familia extensa, escuela, referentes afectivos, etc.).

Algunos de los varones manifestaron sus sentires respecto al crecimiento de sus hijxs y sus cambios físicos: “creció muy rápido, no puedo creerlo (...) Me pone mal a veces y a la vez bien” (Kevin, 23 años). En tanto, valora que en las escuelas enseñen Educación Sexual Integral: “me parece perfecto. Ya de chico le tendrían que enseñar eso. A mí no me enseñaron en el colegio, nunca me enseñaron a ponerme un preservativo”. Podemos visualizar que en este relato se desprende la idea de una parentalidad comunitaria, en tanto que la escuela se construye como fundamental en la crianza y educación de lxs hijxs.

La pandemia por COVID-19, que impone restricciones y condicionalidades a los modos en que se ejercen las prácticas en la vida cotidiana, es un fenómeno que opera como variable independiente en nuestra investigación. Butler (2020) señaló que vivimos bajo una nueva condición creada por la pandemia, en la que algunxs sufren pérdidas y otrxs miran desde partes más seguras el mundo, aunque todxs vivimos con las enfermedades y la muerte.

En este contexto, la cotidianeidad cambió drásticamente y las relaciones entre géneros plantearon nuevos interrogantes. El rol de proveedor, instituido simbólicamente y socialmente por los estereotipos de género montados en base al patriarcado se vio dañado. Así lo manifiestan nuestros entrevistados:

“Mi trabajo disminuyó bastante (...) me sentí con mucho miedo y me sentía muy presionado, fue un momento muy crítico” (Kevin); me ponía mal (...) muchas cosas para pagar, impuestos, luz, gas (...) me sentía molesto, angustiado; acostumbrado a cobrar una quincena completa, ahora me la pagan en dos veces (José); “a mí me estropeó, me jubilé antes de empezar la pandemia, imagínate, trabajé desde chico, y me tenía que quedar encerrado, sin trabajar (Julio, 56 años).

Queda claro, entonces, que esta pandemia no se presenta de modo similar en las diferentes clases sociales, afectando de manera significativa a los sectores más desfavorecidos. Como señala la dirigente feminista Ana Falú:

Vivimos en ciudades fragmentadas y desiguales, en las cuales día a día crecen los territorios de pobreza, con condiciones de hábitat deterioradas, carencias de servicios, equipamientos, accesibilidad. Para quedarse en casa hay que tener una casa; transitar esta emergencia pavorosa del COVID-19 nos interpela como sociedad local y global. (2020, Párrafo 3)

Por otra parte, nos interesa indagar el modo en que se construyen estas masculinidades en los sectores populares. En efecto, se trata de un sector de difícil definición, puesto que no se limita a la condición socioeconómica, al empobrecimiento y que están en permanente transformación.

Di Leo y Arias (2019) dirán que resulta inadecuado homogeneizar a los sectores populares mediante categorías tales como pobreza o marginalidad, puesto que además de contribuir a procesos de estigmatización, sobredimensionan las carencias, al tiempo que invisibilizan sus agencias individuales y colectivas.

Pensar las masculinidades desde la docencia, la intervención y la investigación

A lo largo de este texto, hemos expuesto la urgencia de re-pensar nuevas masculinidades. Ahora bien, ¿de qué manera como científicos sociales propiciamos espacios que permitan poner en agenda las masculinidades? Consideramos fundamental para ello que, desde nuestros espacios de docentes, trabajadorxs sociales, militantes e investigadorxs, alejarnos del binarismo varón-violento, para poder conocer y comprender las realidades sociales, singulares y particulares de cada una de las masculinidades con las que interactuamos, que, a su vez, no se reduzca a una victimización ni exculpación de las masculinidades hegemónicas. Entendemos que dichos espacios, se deben constituir como espacios incómodos, que problematice el lugar de los varones en las relaciones de géneros.

Azpiazu plantea la importancia de la incomodidad en función de crear cambios, y propone pensar “en las posibilidades productivas que ofrece un cuerpo que tiembla, que rompe la rigidez y la verticalidad normativa y, a través de ello, abre nuevas figuraciones y posibilidades colectivas.” (2017, p. 109). Sugiere la importancia de incluir la incomodidad, en diversos espacios y en la pedagogía “cuestionar nuestros movimientos desde una perspectiva feminista y hacernos temblar como hombres significa, necesariamente, generar espacios incómodos pero productivos para poder asumir medidas de cambio con un mínimo de profundidad” (p. 109-110).

Reflexiones finales

En relación a la consigna de este Encuentro “¿Debilitamiento o reacomodamiento del patriarcado?”, entendemos que si bien el patriarcado -como el capitalismo- genera nuevas prácticas y estrategias para su persistencia, también emergen procesos de resistencia que contribuyen a debilitar su monolítica presencia. En tal sentido, es preciso señalar la cada vez más frecuente presencia de varones que piensan el ejercicio de su masculinidad desde perspectivas más igualitarias, no obstante, la insuficiencia de tales prácticas para horadar las bases estructurales del patriarcado. Consideramos que, para revertir dicha situación, es necesario fortalecer los conocimientos acerca de cómo la masculinidad hegemónica atenta contra el disfrute de la vida por parte de los varones.

Una reflexión similar nos interpela respecto del título de nuestra ponencia al interrogarnos si es posible la deconstrucción masculina, puesto que partimos de la idea que sostiene que aquello que debe ser profundamente deconstruido es la masculinidad (en singular) en tanto dispositivo de poder entre los géneros. No es la “colaboración” en las tareas domésticas ni tampoco la participación equitativa en las mismas aquello que altera de manera sustantiva las relaciones de desigualdad entre varones, mujeres y disidencias. Como afirmó José en nuestra entrevista (un varón que participa activamente en las tareas del hogar y cuestiona el machismo de sus amigos): “el varón es el jefe de la casa; lo digo así porque el varón tiene que manejar la casa, salir a trabajar”. Y cuando es consultado por su opinión acerca del feminismo, responde: “acá en casa no se habla porque no tenemos ese problema”.

Se trata, además, de entender que los varones autopercebidos como tales se/nos cuestionen/cuestionemos por qué las tareas de cuidado se sobrecargan en las feminidades, por qué tienden/tendemos a desentenderse/desentendernos del cuidado de su/nuestra salud y de las tareas de cuidado en el ejercicio de la parentalidad. Incluso, se trata de que estén/estemos dispuestos a iniciar un verdadero cambio personal y colectivo, en diálogo permanente con los colectivos feministas y disidentes, dejando de lado las resistencias a la justicia, la equidad y la igualdad en las relaciones.

Referencias

- Azpiazu Carballo, J. (2017). *Masculinidades y feminismo*. Virus Editorial.
- Barudy, J. y Dantagnan, M. (2010). *Los desafíos invisibles de ser madre o padre*. Gedisa.
- Butler, J. (21 de marzo de 2020b). “*La desigualdad social y económica se asegurará de que el virus discrimine*”. El Desconcierto.cl. [https:// www.eldesconcierto.cl/2020/03/21/judith-butler-sobre-el-covid-19-la-desigualdad-social-y-economica-se-asegurara-de-que-el-virus-discrimine](https://www.eldesconcierto.cl/2020/03/21/judith-butler-sobre-el-covid-19-la-desigualdad-social-y-economica-se-asegurara-de-que-el-virus-discrimine)

- Da Stéfano Barbero, M. (2021). Seminario "Las masculinidades entre lo personal y lo político". CLACSO.
- Di Leo, P. y Arias, A. (2019). *Jóvenes e instituciones. El derecho a ser en barrios populares*. Espacio Editorial.
- Fabbri, L. (2021). La masculinidad como proyecto extractivista. En L. Fabri, (Comp.) *La masculinidad incómoda* (pp. 27-43). UNR Editora y Homo Sapiens Ediciones.
- Falú, A. (2020). La pandemia: Incertidumbres, violencias, cuidados y géneros Hic-AI. [https://hic-al.org/2020/04/07/ana-falu-la-pandemia-incertidumbres-violencias-cuidados-y-genero/#](https://hic-al.org/2020/04/07/ana-falu-la-pandemia-incertidumbres-violencias-cuidados-y-genero/)
- Hooks, b. (2021). *Todo sobre el amor*. Paidós.
- Krmpotic, C. Barrón, V. y de Ieso, L. (2012). Notas en torno a la construcción de la demanda de cuidados en la intervención socio-sanitaria. En *Revista Debate Público*. 2(4) 81-92. http://trabajosocial.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/13/2016/03/11_Krmpotic.pdf
- Robles, C. (2021). Viejas y nuevas masculinidades. Los desafíos al mandato de masculinidad hegemónica. En: A. Echeverría, F. Grosso y G. Mastandrea (comps.), *Neoliberalismo y Trabajo Social. Desafíos para las políticas públicas, la intervención y la construcción de sentidos*. Espacio Editorial.
- Segato, R. (2017). Diario La Capital, Rosario, Santa Fé. Argentina. Agosto 2017. "La primera víctima del mandato de masculinidad es el hombre". Entrevista a Rita Segato por la periodista Laura Vilche. <http://www.lacapital.com.ar/ovacion/la-primera-victima-del-mandato-masculinidad-es-el-hombre-n1456007.html>
- Tajer, D. (2012). Notas para una práctica psicoanalítica pospatriarcal y posheteronormativa. *La crisis del patriarcado*. Topía Editorial.

EJE TEMÁTICO: PROCESOS DE FORMACIÓN Y GÉNEROS

Proponemos un espacio de intercambio para pensar la formación de grado y posgrado transversalizada por las perspectivas de género. Tomando tres dimensiones fundamentales: la investigación, extensión y la enseñanza, donde aparecen análisis y experiencias recientes en el abordaje e institucionalización de las temáticas feministas y de género. Algunas de estas cuestiones se expresan en el armado de protocolos universitarios, capacitaciones de la Ley Micaela, prácticas de formación académica, armado de consejerías, adecuación de programas curriculares, convenios con distintas organizaciones, entre otras.